X

Tule, la última tierra.—Errores acerca de este punto.
No existió en Europa.

Ahora voy á encargarme de una cuestión histórico-geográfica, que mucho ha dividida las opiniones de los sabios y que todavía es fuertemente debatida, sin haber sido resuelta por fallo definitivo. Hablo de la situación de Tule, país que, á mi entender, mucho se relaciona con la Atlántida, la cual con él comparte su celebridad y misterioso destino. Todos se preguntan, ¿dónde estuvo esa tierra encantada, que tanto ha ocupado la imaginación de los poetas y de los geógrafos? Hasta ahora sólo se sabe que era considerada como el extremo límite del mundo conocido, y á esa circunstancia ha debido el principal motivo de su reputación. Virgilio en su 1ª Geórgica, vers. 30, hablando de César, dice:

> ..... ac tua nautae
> numina sola colant, tibi serviat *ultima Thule.*

"y los navegantes acaten sólo tu numen y te reverencie la última Tule." El gran trágico latino, Séneca, en su "Medea," acto 2º, vers. 374 á 379, exclama:

> Venient annis sæcula seris
> Quibus Oceanus vincula rerum
> Laxet, et ingens pateat Tellus,
> Tethysque novos detegat orbes,
> Nec sit terris *ultima Thule.*

"Tras dilatados años vendrán siglos en que el Océano deje caer el velo que impide penetrar sus misterios, aparezca la Tierra en su extensión ingente, Tetis descubra nuevos mundos y no sea ya Tule la última de las tierras." Tácito, en la Vida de Agrícola, dice también: ....*dispecta est et Thule quadamtenus*, "también se ha explorado algo á Tule," frase que indica que esa región se hallaba casi desconocida y al extremo del mapa-mundi de esos tiempos.

Muchos otros autores hacen mención de ella en el mismo sentido; pero casi todos, con más ó menos pobreza de razones, se empeñan en colocarla rumbo al Norte de Europa, desorientados completamente por la desaparición de la Atlántida, con la cual no han contado para poder dar otro giro más verosímil á sus conjeturas. Vossius la ha puesto en las islas Hebridas ó en las Orcadas, inmediatas al extremo septentrional de la Gran Bretaña. Cellarius, en Féroe, más al Norte, distante como tres grados en línea recta. Pomponio Mela dice estar situada enfrente de la ribera de Bergen, Noruega. Ujfalvi, en la misma Noruega, á los 64 ó 65 grados de latitud. Algunos, en Jutland, de Dinamarca. Otros, en las islas Shetland, de Escocia. Por fin, la mayor parte de los escritores que se han ocupado de aclarar este punto, la sitúan en Islandia, isla también danesa, próxima á la Groenlandia, y cuyas dos puntas más septentrionales apenas tocan al círculo polar ártico.

El mismo gran número de lugares, que sin una razón convincente se pretende bautizar con aquel histórico nombre, desautoriza en mucha parte las referidas aseveraciones que mutuamente se excluyen. Pero lo más raro del caso es, que todas ellas parten de las noticias que dió, ó se supone que ha dado, el insigne geógrafo marsellés Pytheas, que viajó por el Norte de Europa en el siglo IV antes de la Era Cristiana y cuyas obras se han perdido, habiendo sólo quedado algunos fragmentos, citados en los escritos de otros autores. Lo que él ha dicho, sin embargo, no creo que conduzca á sostener las opiniones referidas, y de esto voy á tratar en seguida.

Para sentar las bases de la cuestión, voy á transcribir algunos párrafos de la obra "Historia de la Geografía" por Vivien de Saint Martin, quien en el primer período, cap. 12, dice así:

"Pytheas no se limitó á este reconocimiento de los lugares productores del estaño; persiguiendo tal vez el segundo objeto de su viaje, el descubrimiento de las playas en que se producía el ámbar, remontó las costas de la Bretaña hacia el Norte. Así llegó á la punta septentrional que da frente á las Orcadas. ¿Pasó Pytheas de esta punta extrema? Muchos escritores modernos lo han dicho ó repetido; pero no se ve en texto alguno. Y no solamente los antiguos compiladores que nos transmiten la relación perdida del explorador marsellés, pero aun Gemino, Estrabón y particularmente Plinio, no dicen que él haya pasado de la punta de la Bretaña, sino que lo contrario es lo que resulta de sus extractos. Gemino, autor del primer siglo antes de nuestra era, en su Introducción á la Astronomía, refiere las propias palabras del viajero: *Los bárbaros* (los bretones) *nos mostraban los puntos en que el sol se ponía. Porque en esos lugares sucedía que las noches eran muy cortas, en unos de dos y en otros de tres horas; de modo que el sol, apenas puesto, reaparecía casi en seguida.*"

"Después Gemino prosigue su demostración para enseñar que á medida que se avanza al Norte, el círculo que describe el sol en el día del trópico de estío se eleva más y más y acaba por encontrarse totalmente sobre el horizonte, produciendo un día solsticial de veinticuatro horas. Pero *en todo este pasaje no se pronuncia el nombre de Tule*, lo que el escritor seguramente no hubiera dejado de hacer, si Pytheas hubiera averiguado, por una observación directa, ser allí el día de la duración expresada. Estrabón es quien refiere que, según Pytheas, *la última región al Norte de la Bretaña era Tule y que en este país el trópico de estío se confundía con el círculo ártico.* Y el mismo añade: *Pero Pytheas no da respecto de esto ningún otro detalle. No dice si Tule es una isla, ni si en este clima, en que el trópico de estío sirve de círculo ártico, el país sigue siendo habitable.*"

De paso advertiré, que no debe atribuirse á contradicción de parte del explorador marsellés, el que hable de puntos en que el sol se ponía, y al mismo tiempo de noches muy cortas, que sólo se observan en las latitudes muy septentrionales, porque sabido es que en éstas la amplitud del ángulo en que el sol se pone, es muy grande, y el Oeste aparente en el estío se aproxima cada vez más al Norte, hasta llegar á confundirse con él en ciertos puntos de latitud y declinación.

Veamos ahora cuál de los lugares arriba mencionados pudo haber sido el señalado por el explorador con el nombre de Tule. Desde luego parece que no lo fué Noruega en los grados 64 ó 65, ni Bergen, ni Jutland, situados en la tierra firme del continente europeo, porque estos sitios se hallan en rumbos diferentes y aun opuestos al designado por el referido viajero, que, según Plinio y Estrabón, fué el del Norte de Bretaña, aunque acabamos de ver que Saint Martin piensa que no lo fué ninguno. Además, en los dos últimos lugares de los tres expresados, no concurre la circunstancia de ser sus noches mínimas de dos ó tres horas, sino poco más ó menos de cinco y media en el primero y de seis y tercia en el segundo, según deduzco de su latitud y de la declinación del sol en el día del solsticio.

Tocante á Jutland, dice Malte Brun en su Geografía Universal, cap. 5º, que Pytheas, continuando su viaje al Nordeste de la Bretaña (ya se ha visto que Plinio y Estrabón decían al Norte), encontró á seis días de navegación una parte de la costa de dicha provincia, en Dinamarca, nombrada hoy Thy ó Thyland y en el antiguo escandinavo Thiuland, que cambió en Thule ó Thyle. Pero, en primer lugar, el cambio del nombre no aparece en manera alguna justificado. En segundo lugar, si se daba á Thy el nombre de Tule, por ser la última tierra, no ha sido racional la denominación, porque á seguida de Jutland hacia el Norte se hallaban á la vista otras tierras. En tercer lugar, hallándose un viajero en el extremo de la Bretaña, no sería posible llevase para Jutland el rumbo que se dice del Nordeste, pues dicho país se

halla al Sureste. En cuarto lugar, más al Norte y más remotos que Jutland se hallan todos los países arriba indicados, inclusa la punta extrema de la Bretaña de donde se dice que Pytheas había partido, y debía mejor cualquiera de ellos ser tenido como la última tierra conocida. A la verdad, yo no puedo combinar el aserto del geógrafo citado con las consecuencias contradictorias que de él se desprenden.

Mas prosigamos con el análisis de las demás opiniones. Las islas Shetland, están en el cuadrante del Nordeste, y teniendo la misma latitud de Bergen, tienen sus noches de la propia duración, esto es, de cinco horas y media. Las Orcadas se hallan esparcidas entre el Norte y el Nordeste del punto de observación y muy próximas á la costa, cuyas noches deben ser á lo menos de seis horas. Las Hebridas se ocultan al Poniente de la tierra escocesa y tienen sus noches más largas que las Orcadas y aun más que el extremo boreal de la isla británica en que se situó el observador.

El mayor número de autores, como he dicho, han creido hallar en Islandia el país desaparecido, quizá porque allí se podrán ver noches de la duración expresada por Pytheas, y aun nulas, siendo los días de más de veinticuatro horas en los sitios de la misma isla cortados por el círculo polar ártico durante la proximidad del sol al solsticio de estío. Pero por otras circunstancias, esta tierra es quizá la menos comprendida dentro de las indicaciones del célebre viajero. Se halla á siete grados directamente del extremo de Bretaña, lo que equivale á 420 millas ó 140 leguas marinas, lejanía inmensa para que unos salvajes como los bretones de aquel tiempo, según los llama Estrabón, diesen informes precisos acerca del rumbo y duración de las noches de una región tan remota, á la que probablemente jamás se habían acercado. Y supuesta esa gran distancia, tampoco era posible divisar de lejos, no sólo la isla, pero ni aun el volcán Hecla que en la parte más meridional de la misma se eleva una milla sobre el nivel del mar, pues la depresión de éste es allí algunas leguas debajo

del horizonte de Bretaña, por efecto de la redondez de la tierra. Por otra parte, Islandia no fué descubierta hasta muchos siglos después del nacimiento de Jesucristo, y sería difícil que desde cuatro antes de éste tuviese ya el nombre propio de Tule que se le atribuye.

No quedan más que las islas Féroe, con latitud de 62° 22′, á la distancia de sesenta leguas casi al Norte y con noches de tres horas tres cuartos, que puedan tenerse como la Tule imaginada por Pytheas. Sin embargo, lo cierto es que este viajero jamás llegó á ella ni visitó las otras ya mencionadas, limitándose á recoger las noticias que le dieron los naturales de Bretaña acerca de una tierra situada por ese rumbo y dando fe de haber visto un horizonte que no era mar, ni tierra, ni aire, sino un conjunto de elementos indefinible, en el que no se podía estar de pie ni navegar. Esta ilusión, de buena fe sin duda, no se ha visto realizada en ningún lugar del globo, y sólo era sostenible divisando de lejos esos extraños elementos, pues en acercándose, toda la visión fantástica hubiera luego venido por tierra. Ya sabemos lo que dijo el mismo Pytheas, "los bárbaros nos mostraban los puntos en que se ponía el sol;" lo que demuestra que á esto se redujo su inspección. Estrabón extraña que el referido explorador no haya dicho si Tule era una isla, ni si el país era habitable, no obstante las condiciones climatéricas que le suponía. Se comprende que no pudo dar estos detalles ni los demás que suelen los viajeros que escriben para informar á sus lectores, porque no estuvo en el lugar que simplemente anunciaba.

Por lo dicho hay sobrado fundamento para creer que en la antigua Europa no hubo un país determinado que fuese conocido con el nombre predicho, ni lo hay en la actualidad que lo conserve, entre aquellos á que ha querido aplicarse. Aun se dice que Pytheas no lo estampó en el pasaje que se transcribe de sus obras. Pero Estrabón, que las leyó y á ellas se refiere, lo menciona como situado por el explorador al Norte de Bretaña, y sólo se admira de que ningún otro viajero, de los que habían

visitado esta isla, hubiese dicho una palabra de Tule, no obstante que mencionaban otras agrupadas á su derredor. Así es que él concluyó por opinar, que el límite de la tierra habitada estaba un poco al Occidente, esto es, en Irlanda, cuyos habitantes, dice, eran completamente salvajes, y más allá de la cual no señalaban ninguna otra los exploradores de ese tiempo.

XI

La Ultima Tule en la Atlántida.—Tradiciones.—Etimología.—Poblaciones con ese nombre en el Occidente de Europa.—Idem en el centro de la América.

Si, por una parte, el país indeterminado á que el explorador marsellés pretendió aplicar el nombre de Tule, no se ha podido encontrar, ni ha existido donde ha sido buscado, por otra aparece indudable que hubo realmente uno en diferente región de la tierra, que llevó ese mismo nombre, que estuvo en cierto tiempo en los límites del orbe conocido, y cuyos vestigios se han perdido en el propio sitio que ocupaba. Pero ese país, á pesar de su desaparición, ha dejado pruebas evidentes de su positiva existencia: 1º, en los recuerdos vagos, desorientados, pero firmes y persistentes, que han movido á los sabios á buscarlo en las más retiradas comarcas, por no poder presumir su hallazgo en una isla sepultada en las profundidades del Atlántico desde remotísimos siglos; 2º, en la tradición de las razas que de allí partieron para otras tierras; y 3º, en los nombres de los lugares por donde ellas peregrinaron y resultan idénticos en sonido, etimología y significación al primitivo de que eran imitación y recuerdo.

Ese extravío en la investigación referida se explica satisfactoriamente. Tule, situada en la Atlántida, como trataré de demostrarlo más adelante, debió ser considerada como la última tierra hacia Occidente por los navegantes fenicios, que saliendo á expedicionar por las aguas del Grande Océano, llegaron alguna vez á visitarla. Con la sumersión de la segunda, desapareció